



Maria Pallarès Sans

Carta a Maria

Querida Maria,

Sabiendo de tu sensibilidad, comprensión y generosidad me ha parecido que podía comentar contigo algunas cuestiones que, si estuvieras aquí, sin duda te interesarían.

Hace días me objetaban una cuestión. Estaba defendiendo la acción de todos aquellos que intervienen, aunque sea tan solo enviando e-mails, a favor de las personas que en algunos casos están amenazadas de muerte. Son generalmente casos de personas que saben que están condenadas a ser lapidadas o colgadas por lo que se considera un delito sexual. También defensaba todas las presiones que se hacen para impedir que en algunas culturas se practique la ablación clitoriana o, como castigo de algún delito, la supresión de algún miembro corporal.

Me argumentaban en contra, diciendo que no podemos hacer presiones sobre los practicantes de estas normas de conducta porque, si somos observadores de los derechos humanos, hemos de respetar las creencias, moral y maneras de pensar de otros colectivos.

En cambio, me decían que, si personas de estos colectivos viven aquí, sí que se les puede obligar a sujetarse a las leyes de nuestro país y se les puede impedir aquellas prácticas que consideren contrarias a los derechos humanos.

Yo creo que si se admite esto último i, en cambio, no se admite que se presione para impedir la pena de muerte, la ablación clitoriana, etc. en los países que lo hacen, se admitiría que las leyes de nuestro país están por encima de las conciencias, creencias y morales de aquellos que piensan diferente.

No creo, pues, que estas leyes estén por encima de los derechos humanos. I que, si en nuestro país no se admiten estas prácticas, es, antes que nada y precisamente, porque son prácticas contrarias a los derechos humanos. Y pienso que las leyes propias no hacen más que colaborarlos. Y, pero esto mismo, creo que hay todo el derecho en presionar moralmente para que no se practique la pena de muerte, con o sin lapidación, o la ablación clitoriana o la supresión de miembros corporales; no solo en estados Unidos donde aún existe la pena de muerte, sino en ninguno de los otros países donde se hacen estas barbaridades. Y creo que esta presión se puede hacer porque los derechos humanos nos obligan a respetar todos los derechos de los humanos, menos aquellos pretendidos



Maria Pallarès Sans

derechos que son contrarios a los mismos derechos humanos (lo que no se puede hacer es una presión que conculque los mismos derechos con guerras ilegítimas, intentando imponer la democracia con la fuerza de las armas, etc.) Ja que los derechos humanos son universales y se han de respetar en todo el mundo.

Entonces me dicen que no. Que no son universales. Sino que solo son aplicables a los países occidentales, pero no los de otras culturas. Y que estos derechos no corresponden a una ética natural no existente.

La verdad es que no sé si existe o no la ética natural, pero si sé que, como dice Umberto Eco, la ética nace cuando aparece el **otro**. Y creo que esta aparición del otro es universal en la humanidad. Se encuentra en todas las culturas humanas porque en todas las culturas ninguna persona es realmente ella sin la “aparición” del otro: yo no soy yo sin la presencia tuya. Y eso es igualmente válido en Bruselas, en Nigeria, Teherán, Calcuta, Singapur o Lima.

Pero eso sucede en todas las culturas, sea cual sea su origen natural o simplemente cultural, me es igual, es obligado el respeto a tu semejante, es decir, el otro. Lo que sucede es que no en todas las culturas se ha descubierto suficientemente quien es el otro, quien es tu semejante. Porque el descubrimiento del otro, del próximo, del semejante, se ha ido haciendo, y se sigue haciendo aún, a lo largo de la historia.

Hemos de pensar que quien ha sido quizás el pensador más grande que ha tenido el mundo occidental, Aristóteles, aún no había descubierto, por ejemplo, que los esclavos también eran el otro y por eso admitía la esclavitud. Y el gran San Pablo se traicionaba a sí mismo porque, por un lado, decía que ante Dios no había ni hombre ni mujer, ni libre ni esclavo, ni griego ni escita y que Dios no hace acepción de personas; pero, por otro lado, decía que el hombre era la cabeza de la mujer. I el grandioso –y voluminoso- Santo Tomás de Aquino trataba a la mujer de masculum quassatum (o quassum, no me acuerdo del todo), etc. Pero no es necesario ser tan riguroso con nuestros antepasados, porque hoy día muchos de nuestros contemporáneos consideran a los homosexuales como pervertidos y viciosos. Y, dejémonos de cuentos y reconozcamos que aún hoy en día, en nuestro mundo, la mujer en el trabajo cobra de promedio mucho menos que el hombre. Y como vivimos en un mundo en el que “tanto cobras tanto vales”, quiere decir que consideramos que la mujer no vale igual que el hombre. O sea que aún no está muy claro que hayamos llegado a descubrir suficientemente que la mujer es el otro del hombre y el hombre, el otro de la mujer.

Y si aún nos cuesta admitir que las mujeres de nuestra cultura son iguales que nosotros, ¿cómo no nos costará reconocer que las personas de otras culturas, que ya están en casa o están viniendo, son personas iguales que nosotros? (Estos



Maria Pallarès Sans

días están haciendo una película en catalán que es muy dura, pero desgraciadamente muy ilustrativa, que se titula “Jóvenes” y en ella aparece claramente la xenofobia que aún profesa gran parte de nuestra juventud, ¿que es tan moderna?).

Aún nos cuesta reconocer mucho del otro para darnos cuenta que el otro es nuestro semejante. Pero no hay duda de que en el mundo occidental, una gran parte de los seres humanos, los que no piensan como Bottiglione o los obispos españoles, hemos hecho grandes avances en este conocimiento del otro, desde Aristóteles y San Pablo hasta ahora, y sobre todo desde los años sesenta del siglo XX hasta hoy.

Y, ¿cómo se han hecho estos avances en el reconocimiento del otro? Pues simplemente, gracias a las presiones morales que los éticamente más lúcidos de nosotros han ido haciendo en el transcurso de los siglos y sobre todo en los últimos cuarenta años, sobre los que éramos menos lúcidos y que, poco a poco, nos han hecho abrir los ojos y el corazón. Es seguro que hoy día sin las presiones de los “locos” y “locas” de los años sesenta, ni las mujeres ni los homosexuales ni mucho menos los refugiados extracomunitarios tendrían la aceptación que tienen o que, poco a poco, van teniendo.

Si el descubrimiento y la aceptación del otro, se han hecho gracias a que los más lúcidos de la sociedad han presionado moralmente a los menos lúcidos, supongo que nadie considerará que esta presión moral haya sido mal hecha. A nadie se le ocurriría decir que, con ella, se han infringido los derechos humanos porque no se ha respetado la manera equivocada de pensar de los más carcas o ignorantes. Más bien todo lo contrario; gracias a esta presión los derechos humanos se han propagado. Por ejemplo, estoy seguro que, hoy día nadie no las personas que, todo y no vivir a los Estados Unidos, intentan hacer presión para que en este país quede abolida la pena de muerte (digo nadie, pero quiero decir nadie que tenga una mentalidad un poco más lúcida que la de los actuales presidente y gobernador de California; cosa bien poco difícil, por otro lado).

Por tanto, nosotros, que hemos podido evolucionar gracias a la presión moral e intelectual para que otros, que aún no han podido evolucionar en el descubrimiento del otro, lo puedan ir haciendo y cambiar de mentalidad.

Y es con esta conversión (este cambio de pensar y de sentir) que la humanidad, más deprisa a través de unas colectividades y más lentamente a través de otros, va realizando la gran transformación ética: la de ir descubriendo el otro en su totalidad, partiendo del más próximo y semejante e ir ensanchando progresivamente la comprensión hasta el más lejano y menos semejante: los más lúcidos han hecho la conversión primero y han ido y van aún empujando a los que



Maria Pallarès Sans

no lo son tanto. De esta manera, poco a poco, la humanidad va avanzando en el reconocimiento del otro y, por tanto, en el conocimiento de ella misma.

Digo **reconocimiento** porque no se trata solamente de **tolerar** a los otros. Tolerar siempre tiene un cierto toque de superioridad. Un cierto sentido de “perdonar la vida” a los demás. Y no se trata de eso, se trata de aceptarlos tal como son, pero también de tratarlos como queremos que nos traten a nosotros. Por tanto, no podemos tolerar que sus derechos humanos no les sean reconocidos como no lo toleramos para con nosotros. Por esto, cuando tenemos noticia de que alguno de ellos, aunque viva muy lejos, corre el peligro de ser lapidado o mutilado, hacemos toda la presión moral que podemos para evitarlo. Además, como no podemos tolerar ser ignorantes de los derechos humanos, tampoco no podemos tolerar que lo sean aquellos que quieren lapidar o mutilar a sus correligionarios, tanto si viven en nuestro país o en las antípodas. Por eso es justo que hagamos presión moral e intelectual para que dejen de ser ignorantes de quien es su prójimo y lo traten como a nosotros nos gustaría ser tratados, tanto aquí como allí.

Esta presión moral es la que has hecho tu, **Maria**, cuando vivías entre nosotros. Todos los que te han conocido bien testifican que eras persona de caridad, que tenías el don de ver en todo al otro, fuera quien fuera, otro tu, ver en el otro al prójimo para quererlo como te querías a ti misma. Tu eras ética en gran manera porque nada del otro te era indiferente. Eras de esas personas moralmente lúcidas que nos empujan en el difícil descubrimiento del otro y nos hacen ver que cualquier otro es otro yo, y que solo encontrando al otro nos encontraremos a nosotros mismos. Lo hacías y es necesario que continúes haciéndolo con tu vivo recuerdo porque aún nos cuesta mucho llegar a descubrir plenamente al otro como tu sabías hacerlo.

La aceptación plena del otro significa aceptar realmente la igualdad de todos los seres humanos. Y, a pesar que hace dos mil años Jesús predicó y que hace más de doscientos que la Revolución francesa es aún la gran asignatura pendiente de la humanidad. Porque aceptar plenamente esta igualdad es aceptarla con el cerebro y el corazón, o, dicho de una forma más actual, con el cerebro emocional y el cognitivo.

Cuando llegamos a saber por la inteligencia que el **otro** me es totalmente necesario por ser yo porque solo tomo conciencia de mi personalidad cuando otro me llama por mi nombre, estoy en situación de comprender con la razón que me es totalmente imprescindible querer al otro como consecuencia de la estimación que me tengo. Entonces puedo empezar a trabajar para que mi sentimiento se ponga de acuerdo con la razón para llegar a conseguir esta estimación.



Maria Pallarès Sans

Pero, también, según las circunstancias de i vida, es posible que la experiencia que tenga del otro no sea la de aquel que me llama por mi nombre, sino la del que me insulta e intenta degradarme desde persona a cosa inmunda. Y entonces, ver al otro como yo es muy difícil. Eso pasa a veces en personas aisladas, debido a las circunstancias personales, pero ha pasado y aún sigue pasando en muchos de los colectivos de la familia humana, como nos los testimonian en estos momentos dramas inmensos como los de Irak, Chechenia, Sudán, Guantánamo, y muchos otros más repartidos por todo el mundo.

Pero, ¿cómo se llega aquí, a este desprecio colectivo de los demás?

Hace pocos días oí por la radio que uno de los intelectuales de nuestro país decía que, leyendo el libro *La piel fría* de Sánchez Piñol, había comprendido como se puede llegar a bestializar al enemigo. Me llamó la atención porque esta persona es de mi edad y, por tanto, hace muchos años que debía de haber conocido, leído y visto en numerosos reportajes y películas las actuaciones bestializantes con que los nazis trataban a sus enemigos.

Esta actitud del ser humano de excluir al otro ser humano de tal condición, ¿de donde puede venir? Solo puede venir de la divinización de su yo.

Me impactó mucho cuando, a través de la liturgia y de la lectura de la Biblia, fui viendo que la razón por la cual Yahvé reprochaba a Saúl (rey de Israel antecesor inmediato de David) su comportamiento, era porque no acababa de destruir suficientemente a sus enemigos. Es decir, porque no los trataba de manera totalmente deshumanizada. Está claro que esta aberración de creerse que Dios te ordena aplastar a los enemigos de tu pueblo como si se tratase de atacar a fieras (como aquella especie de ranas de *Piel fría*), solo se puede producir creyéndose un pueblo excepcional, como por ejemplo, el pueblo de Israel que se creía (o se cree) elegido por Dios, la Cristiandad en la época medieval, los pueblos islámicos (como hoy día Sudán), los nazis y los estalinistas (o los que han heredado su mentalidad, como los Putin) que se creían los salvadores de la humanidad, el colectivo dominante en EUA que también se cree el pueblo elegido de Dios, etc.

Es sabido que para muchos pueblos primitivos su término equivalente a **hombre** solo designa a los habitantes de su pueblo o tribu. El resto de habitantes del mundo no son hombres.

Por lo tanto, eso quiere decir que solo una suficiente evolución humanizadora puede ir conduciendo a las sociedades a una suficiente comprensión de sí mismas y de los otros, que las haga capaces de admitir al otro en su totalidad como su prójimo y como un factor imprescindible para que el individuo se convierta en persona.



Maria Pallarès Sans

¿Esto significa que Aristóteles o San Pablo no fueron suficientemente personas porque no admitían al otro como a su prójimo? Teniendo en cuenta que admitían como prójimo a todo aquel que, en su época, se consideraba prójimo, hemos de suponer que fueron tan personas como podían ser y que, sin duda, lo fueron en una medida (si se pudiera medir eso) superior a la que conseguiremos muchos de nosotros. Pero hemos de admitir que, a pesar de su grandeza, tuvieron unos déficits personales, involuntarios, pero reales. E incluso podemos llegar a suponer que, de vivir ahora, cuando sabemos que todo el mundo es nuestro prójimo, habrían sido mejores aún como personas porque se habrían enriquecido con una alteridad que no consiguieron entonces.

Ahora bien, conseguir **la capacidad de aceptar, a la práctica, al otro totalmente como prójimo es un don aún hoy día muy escaso (según parece, es el don que tu poseías)** Esto hace pensar que en la evolución humana hacia la humanización no todos avanzamos al mismo paso. Ya hemos dicho antes que el avance progresivo que se ha conseguido es gracias aquellos más avanzados que estiran o empujan a los que estamos más retrasados. Pero hay grandes diferencias y los más avanzados son relativamente pocos. El resto, muchos ya podemos llegar a aceptar, racionalmente, la igualdad de todos, pero la aceptación desde el punto de vista anímico ya es otra cosa. Además, aún son muchos los que no son capaces de aceptarlo racionalmente: en principio, todos aquellos de los que hemos hablado que se creen miembros de colectivos privilegiados, elegidos por Dios, los dioses o la naturaleza como redentores de la humanidad o poseedores de la verdad. Pero también muchos a los que la vida ha tratado mal y que, como he dicho antes, el otro casi siempre en lugar de darles la mano les ha dado bastón. Y, además, están todos aquellos a los que las circunstancias socioculturales no les ha permitido superar la xenofobia que de alguna manera, seguramente innata, todos llevamos dentro.

Pero, para mayor paradoja que pueda parecer, si por un lado necesitamos la presencia del otro para llegar a ser nosotros mismos, por otro lado la presencia del otro con frecuencia nos molesta, sobre todo si es distinto.

Estamos convencidos que conseguir la igualdad es una de las finalidades básicas de la humanidad, por lo menos lo estamos aquellos que creemos que la especie humana tiene unas finalidades que van más allá de la simple perpetuación. Pero parece evidente que si los seres humanos no conseguimos superar las dificultades personales y colectivas que nos impiden aceptar al otro del todo como semejante, no se obtendrá jamás esta igualdad.



Maria Pallarès Sans

¿Cómo se puede conseguir que los seres humanos superen estas dificultades?
¿Somos realmente capaces de ello? Se puede pedir esto a la naturaleza humana o no sería más propio de una naturaleza angélica?

Y no solamente podemos contar con el ejemplo de personas como tu, que han existido y existen y son una prueba de que es posible superar los egoísmos que nos impiden aceptar al otro totalmente, sino que también hay indicios de esta posibilidad. Por ejemplo, las reacciones de gran solidaridad que tienen mucha gente en ocasiones excepcionales, como acabamos de verlo en el caso del tsunami del mar Índico. También existe aquello que Robert N. Bellah llama “hábitos del corazón”. Es decir, las buenas disposiciones que tienen muchas personas sencillas, a veces incluso poco cultas, a aceptar espontáneamente y sin reticencias a las otras personas sea cuales sea la condición que sea.

Tengo la esperanza que, en la medida que vayamos evolucionando, nuestros dos cerebros, el emocional y el racional se irán armonizando y superando la fractura innegable que hay entre ellos; y que, de esta manera, nos iremos haciendo capaces de superar los egoísmos innatos que nos impiden ver en todos los demás al prójimo, al semejante. Tengo este convencimiento porque pienso que la dificultad que tenemos de aceptar al otro, que es más o menos distinto, nos viene de la etapa evolutiva de cuando vivíamos en la selva. Creo que aquella etapa nos ha dejado una impronta tan honda en nuestro cerebro primitivo, el emocional, que nos hace espontáneamente contrarios a aceptar al otro, sobre todo si es más o menos diferente. Y pienso que, a medida que vamos consiguiendo armonizar el cerebro emocional con el cerebro cognitivo o racional, vamos siendo más capaces de aceptar al otro aunque sea diferente, y que, por tanto, la solución está en la armonización evolutiva de estos dos cerebros.

Mi amigo Toni Comín no está tan seguro de ello. El cree que esta superación imprescindible para que la igualdad entre los humanos sea una realidad, solo puede ser obra de la mística o la gracia. En una carta muy larga (35 páginas), contestación de una mía, me decía: “Para llegar a una consideración de este estilo –ligar tu destino personal al destino universal de la humanidad- es necesario algún tipo de fuerza que tiene que ver, creo yo, con lo que llamamos experiencia mística o espiritual” (en otros momentos de la carta lo llama gracia).

Si esto que llama Toni se trata de un don espiritual extraordinario, sobrenatural, me da miedo que no nos permita llegar muy lejos. Porque, podría parecer que Nuestro Señor es muy tacaño en concederlo, pues con la cantidad de gente que hay en el mundo y con los años que llevamos de historia, **el tanto por ciento a quien ha tocado este don es proporcionalmente muy bajo; si no fuera así, tu ejemplo no nos parecería tan extraordinario.** Pero me parece que el asunto no va por aquí, que no se trata de un don extraordinario de Nuestro Señor de lo que



Maria Pallarès Sans

habla Toni, ya que continua diciendo: “No estoy hablando de ningún heroísmo inhumano e inalcanzable. Estoy hablando de una experiencia de todos conocida: a todos nos ha llegado, en algún momento, de sentirnos solidarios del sufrimiento del otro aunque desconozcamos sus víctimas, todos nos conmovemos ante los desastres del Tercer mundo, y todos hemos dado, aunque sea tan solo 100 pesetas (eso me lo anotaba en el año 2000), en señal de solidaridad, con los derrotados del planeta. Pues bien, lo que quiero decir es que el sentimiento que nos ha impulsado hacer esto es un sentimiento cuya raíz no se fundamenta en la razón, sino que es alguna cosa en relación con la mística, o con la gracia –o como se quiera llamar

El hecho que, ya sea por la mística, gracia o armonía interior, o lo que sea, no podemos decir que, aunque estemos muy lejos de un objetivo satisfactorio, no se hayan hecho grandes pasos en la historia humana. E incluso, o sobre todo, en la historia contemporánea. ¿Quién podría pensar, hace sesenta años, que eternos enemigos como Francia y Alemania, serian capaces de hermanarse y unirse en Europa? ¿Quién podía creer, antes de los años sesenta del siglo pasado, que se consideraría a los homosexuales tan normales como puedan ser los izquierdistas o los pieles rojas? ¿Qué esta aceptación aún no se ha conseguido del todo, y que aún debe haber franceses que no pueden ver a los teutones y alemanes que no pueden ver a los gabachos? ¿Y que aún hay gente que trata a los homosexuales como viciosos? Seguro que sí, pero siempre quedan reductos de retrógados destinados a la extinción.

Pués bien, esos grandes avances son debidos en buena parte a los “iluminados” que se inventaron Pax Christi y a los “benditos” de los años sesenta. Si éstos aparecieron por mística, gracia o inspiración natural, no lo sabemos. Lo que si sabemos es que existieron y que nos han influido en gran parte y acabaran influyendo a la mayoría. Por tanto, nosotros mismos somos testimonios de la evolución de la humanidad en su proceso de humanización.

De todos es sabido que las evoluciones no siguen procesos lineales, sino más bien sinusoidales, con subidas y bajadas. Actualmente, estamos atravesando un mal momento histórico, estamos en una pendiente porque desde la segunda guerra mundial se ha ido implantando cada vez más una mentalidad contraria a la evolución humanizadora: la mentalidad neocapitalista o pensamiento único, que domina el mundo entero, gracias a su globalización no cree en la evolución humanizadora. Creo que los seres humanos solo nos movemos por el interés material (es tan marxista, podríamos decir) y explota tanto como puede nuestros instintos individualistas, si no, egoístas. Y, naturalmente, el individualismo y la aceptación del otro como prójimo, al que tratamos como a nosotros mismos, son incompatibles. Para la mentalidad neoliberal, el otro o es un contrincante o un individuo explotable (como productor y, sobre todo, consumidor) o un estorbo.



Maria Pallarès Sans

Mientras el mundo esté dominado por la mentalidad neocapitalista, la humanidad estará en un periodo de involución porque difícilmente se podrá evolucionar hacia la igualdad y solidaridad entre sus miembros en un sistema que necesita la competitividad y el individualismo para funcionar.

A esta circunstancia hay que añadir el concepto impuesto por los sistemas imperantes referido al terrorismo llamado islámico; según el cual el mundo se divide entre el imperio del Bien y del Mal, y que el terrorismo no tiene otra causa que el odio inexplicable que los hijos del mal tienen a los hijos del bien. No es necesario decir que esta manera de pensar aumenta la xenofobia en lugar de facilitar la aproximación de los pueblos y culturas.

Afortunadamente, pero simultáneamente con el predominio del neoliberalismo, que domino por encima, coexiste una gran reacción de las bases de las sociedades que buscan otro mundo posible, basado en la igualdad y la solidaridad y que es capaz de darse cuenta que las causas profundas del terrorismo radican en la miseria, injusticia y humiliación de los colectivos económicamente desafortunados. Este movimiento va contrarrestando el influjo de la mentalidad única. Es decir, intenta conseguir que no sea tan única y que el pensar y sentir de cada vez más gente cambie y avance en el reconocimiento del otro.

En este largo camino, no hay duda que los que más ayudan a avanzar son aquellos que tienen un estilo de vida que es un testimonio de la aceptación del otro todo. Éstos invitan, sin darse cuenta, a identificarse con ello y así hacen progresar, sea poco o mucho, la sociedad humana hacia el lejano objetivo de la igualdad.

Y, como tú has estado una de estas personas, es de justicia que te demos las gracias por ello.

Afectuosamente,

Jordi Vila-Abadal

Febrero de 2005